

FAUNA URBANA

María Cristina del Solar
5º año Letras
Universidad del Salvador

César Benedetti encendió un cigarrillo al abandonar la oficina donde trabajaba y cruzó la avenida, sin pensar demasiado en el regreso a su hogar. Atravesó Plaza Italia antes de perderse entre la multitud de seudoejecutivos cuyo máximo orgullo era hablar a los gritos por el celular sin saber lo infelices y estúpidos que parecían con esa apariencia infantil. "Fauna urbana" murmuró con sorna y exhaló el humo con una sonrisa sarcástica. Jamás tendrían lo que él acababa de adquirir hacia dos meses gracias a su matrimonio. Jamás llegarían a lo más alto tan rápidamente como él lo había hecho. Todos eran unos mediocres, en sus autos importados y en sus negocios baratos de importaciones y exportaciones de mala suerte. Él era Gerente General. Los demás, ... Antes de subir a su Volvo y emprender el regreso, decidió sentarse en un bar y disfrutar de un café, armarse de paciencia y benevolencia antes de tener esos leves pero diarios "enfrentamientos" con Silvia. El embarazo la ponía extremadamente sensible.

César había comenzado a trabajar hacía ya seis años en la oficina administrativa representante de Alfa Romeo. La época en que comenzó había sido crítica; sin embargo, la empresa funcionaba a las mil maravillas y amenazaba con prosperar. Como él mismo lo había hecho, gracias a las intrigas contra sus superiores más directos para poder ascender más rápidamente. Sonrió con nostalgia al recordar cuando obtuvo documentación secreta de la propia empresa y la vendió a la competencia, defendiendo no muy hábilmente –tampoco había sido su intención hacerlo, ni mucho menos– a su compañero de trabajo, luego de convertirlo en el principal sospechoso.

– No puedo creerlo. No, no, no puede ser. Rivera es incapaz y no lo creo posible. . . – lo había mirado con una pena casi auténtica. –¿Cómo pudiste?– Uno menos.

Fácil le resultó chantajear a la recepcionista, que tenía un amorío con

el empleado de Sueldos y Jornales, un excelente esposo y padre de familia. A cambio del silencio, le pidió a la muchacha robar los archivos de importaciones. Después de ver al empleado en cuestión, lo obligó a falsificar la firma de Anibal Amado, Jefe de Sección.

No mucho más tarde, la falsificación fue descubierta, el hombre admitió el hecho, a medias, y lo dejaron cesante. El Jefe de Sección no sólo que sintió compasión por él sino que además no lo creía culpable, y sostuvo una entrevista con la señorita Silvia Lupe, hija del dueño, para pedir por su empleado. Silvia había pedido un tiempo para pensar y tomar una decisión definitiva. "Después de todo, Giménez llevaba muchos años en la oficina," dijo para sí. Y fue cuando intervino César. Allí la había conocido. Lo inquietó y le gustaron al mismo tiempo los extraños rasgos de la muchacha, los ojos verdes, redondos, la cara alargada y afilada, dientes pequeños, el cabello oscuro.

– Señorita Lupe, yo lo siento tanto... me da lástima por él; Giménez es un buen hombre, padre de familia, todo esto es verdad... sí. Pero a fin de cuentas falsificó una firma y eso es rarísimo. El señor Amado piensa irse, ¿no es así?– comenzó a decir él ya en el despacho de Giménez y otros empleados, donde la secretaria General llevaba a cabo la entrevista. Ella sonrió y un brillo casi maléfico se instaló en su mirada.

– Benedetti, a Giménez se le complican las cosas porque se le han encontrado, además, documentos importantes que pertenecen a la firma, e incluso dinero en efectivo faltante del arqueo. El Jefe de Sección, a pesar de la evidencia, lo cree inocente. Entrevisté a todos los de la oficina. Tengo la decisión tomada.– Y lo miró con cierta satisfacción interna. César suspiró; había matado dos pájaros de un tiro, y en su cacería, llevaba ya siete jugosas presas. Ya era Jefe de Sección.

Terminó el café y encendió otro cigarrillo. Las llaves del auto sonaron

dentro de su saco y le hicieron acordar la hora del regreso. Dejó el lugar, sumido en su satisfacción. Estaba muy cerca de la cima. Ser Gerente General como lo era, significaba estar a sólo un escalón del de Presidente. Y ese cargo lo ocupaba el Señor Lupe, su suegro. No tardaría en llegar. El viejo no viviría para siempre.

Una mañana Silvia le había pedido que se dirigiera a su despacho porque tenía que hablarle de algo importante. Cuando él entró al lugar, le sorprendió la decoración y el gusto por lo itálico, la extensa biblioteca, el pisapapeles redondo y liso, de cristal de Murano, una estatuilla de la Loba con Rómulo y Remo, un mapa de la península a espaldas de Silvia mostraba los lugares en donde se encontraban las sucursales italianas, papeles dispersos de todo tipo y color, sobres, un cortapapeles dorado y negro y un libro sobre el escritorio que parecía estar leyendo. Ella lo hizo pasar y mientras hablaba, jugaba con la estatuilla pasándola de mano en mano, que descendían bruscamente por el peso del bronce. Ella habló abiertamente.

– Llegó muy alto, señor Benedetti. Hizo muy bien las cosas. Conozco a los de su clase. Déjeme decirle que se deshizo de Rivera, Gómez, Giménez, Amado, entre otros, de una manera rápida, sencilla... y hasta podría decirse... "limpia". – El horror se instaló por un momento en la cara del joven. Ella sabía todo. ¿Podía ser cierto? ¿era tan evidente?– Admiro su ambición, Benedetti. Y gracias a eso tengo algo que proponerle. Algo en lo que ambos podemos salir beneficiados.– Sonrió. La inquietud de César contrastaba con la calma de Silvia.

– Negocios.

– Algo así. ¿Qué tal le suena Gerente General? Yo sé que le atrae mucho la idea, y que tal vez haría cualquier cosa para llegar en 48 horas. ¿no es así?– él sonrió con elegancia aunque el temor no se disipaba.

– Me gustan las mujeres inteligentes, señorita Lupe, y con un excelente

sentido de la visión y del olfato.— Ella dejó caer una sonrisa que a César hizo sentir escalofríos.— Soy pura visión y olfato, señor Benedetti. No le quepa la menor duda. Tengo intuición... llámeme ... "instinto".— Se acomodó el cabello detrás de las orejas y suavemente continuó.— Esto está a punto de hacer eclosión; pronto será un imperio, no se moleste en dudarle. Nos vamos muy arriba. César, la ambición provoca un vértigo delicioso. Provoca una sensación tan placentera al alcanzar las metas, como estar con el ser amado, ¿me explico?, y cada pequeño gran paso no sirve sino para uno posterior. Es una sed inacabable. Siempre se quiere más, y más ... y más... No hay límite posible. Es la libertad absoluta. Usted habrá subido alguna vez a la terraza de un edificio y mirado hacia abajo, o subido a un avión. ¿Qué siente? Estar en lo alto, embriagado por la altura, sin miedo a nada, sintiendo ese vacío que lo hechiza, que lo atrae y lo seduce y lo conecta simplemente con lo más alto.

César la miraba y percibía cada una de las palabras de Silvia. Se sentía plenamente identificado con ellas, era como si le estuviera leyendo el pensamiento, o que los dos pensarán exactamente lo mismo. ¡Todo lo que ella decía era cierto! Se sintió abierto de pies a cabeza, como si ella fuera la forense y él, carne de autopsia. Silvia había leído y descrito todo su ser en unas cuantas palabras; allí yacía César, en boca de esa mujer que lo contenía y presionaba, porque lo conocía.

—No se equivoca, Silvia.— Atinó a decir.

—Ah, por supuesto que no. Podemos hacer un excelente trato, César.

—¿Y de qué se trata?

—Ser Gerente General, ya se lo dije. Y usted tiene que hacer solamente una cosa muy fácil y muy sencilla.— Sin saber bien por qué, el joven se vio rogado en su interior que ella no le pidiera matar al viejo Lupe. Suspiró sorprendido cuando ella continuó.— Casarse conmigo— Se quedó preso de un mutismo momentáneo. ¡Imposible! Era demasiado fácil, demasiado bueno para ser cierto. Primero tosió y ella le alcanzó un vaso de agua.

—¿Debo suponer que su tos es la respuesta negativa?

—S... Silvia, es... una proposición excelente, pero acá hay otra cosa y no me gusta. Si me caso, yo soy Gerente. Pero usted, ¿qué gana?— Ella son-

rió despectivamente.— En realidad eso no le incumbe. Pero ya que se trata de un pacto, de un acuerdo, creo que tiene derecho a saberlo. Un padre para mis hijos. Estoy embarazada, Benedetti— dijo recogiendo nuevamente el cabello por detrás de las orejas, mostrándolas pequeñas y puntiagudas.— Y qué mejor manera que criarlos en una familia formada. El padre es Martín Ares, presidente de una sucursal automotriz de La Pampa, si es que lo desea saber— dijo con ironía.— Usted gana su puesto y yo gano un marido, un cafiyo, si le gusta más.— César se preguntó qué pasaría si una carta o llamado anónimos enterase al señor Lupe de la situación de su hija. Ella le leyó el pensamiento una vez más.— Mi padre no lo sabe, y si se entera, usted no tendrá ni Gerencia, ni Jefatura, ni empleo ni nada.— Cambió la expresión del rostro y volvió a sonreír con desgano.— Entre lobos no vamos a mordernos hasta desgarrarnos, ¿verdad, señor Benedetti?

Mientras subía por el ascensor, se sintió montañosamente fastidiado. Si bien el médico había dicho que esperaban gemelos y que a eso se debía el volumen del vientre— un tanto desproporcionado para ser de tres meses, pensó Cesar— apenas había tocado a su mujer, tan pocas veces que las podía contar con los dedos. "No, que voy a dar a luz en poco tiempo" solía decir ella con algo que él no lograba identificar qué era, alegría o temor. Y César se desquiciaba. ¡A lo sumo faltaban cinco meses para ello! Y entonces comenzaban los enfrentamientos, que no le importaban los niños porque no eran suyos, que nada le importaba ella tampoco. Y qué pretendía. Silvia había comprado un marido, no se le había declarado un amoroso y devoto hombre enamorado.

Cuando abrió la puerta del departamento, un bufido y cierto olor extraño en el aire lo pusieron alerta.— ¡Silvia! llamó, pero el silencio fue la respuesta. Ella solía estar a esa hora en la casa. Tal vez fue de compras, o a visitar al viejo Lupe, pensó. O al médico. Por un momento temió lo peor.— ¡Silvia! volvió a llamarla.

La buscó en el living, el estudio, el baño, el lavadero, el comedor... La casa le parecía demasiado grande y jamás terminaba de recorrerla. Un chillido quejumbroso, aletargado, suave pero persistente, lo hizo correr hasta el dormitorio y detenerse en seco en el vano

de la puerta mientras Silvia, gimiendo lastimosamente, se retorció en el lecho. Corrió hacia ella al verle el dolor y la agonía en la mirada, y el chillido continuó mientras él veía con horror, después de apartar las sábanas, cómo por instinto, húmedos y ciegos, dos lobeznos que acababan de nacer, subían por el vientre hasta llegar a los pechos de la madre, en una emulación paródica y patética de Rómulo y Remo.